



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Don Carlos Bosch García

Autor: Reyes Heróles, Federico

Forma sugerida de citar: Reyes, F. (1994). Don Carlos Bosch García. *Cuadernos Americanos*, 3(45), 143-148.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VIII, núm. 45, (mayo - junio de 1994).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

DON CARLOS BOSCH GARCÍA

Por *Federico* REYES HEROLES
POLITÓLOGO MEXICANO

Para doña Elisa Vargas Lugo

SE ABRIÓ LA PUERTA. Una amable mujer de delantal blanco nos condujo a un estudio, sala, biblioteca, todo a la vez. Beatriz y yo avanzamos nerviosos. Sólo esto nos faltaba, tener que ir a dar explicaciones por las majaderías ajenas a aquella pareja de respetabilísimos profesores. Eso era todo lo que sabíamos. Bueno, eso y que él no anunciaba una amabilidad excesiva. Fue la primera vez que lo miré a la cara. Su pelo cano, copete suelto, entre rebelde y juguetón y una aguda mirada que tomaba matices de enojo por los gruesos cristales que la deformaban. Sus ojos eran claros, indefinibles, a veces verdes a veces azules. “El coche no es nuestro, nosotros seríamos incapaces de cometer semejante barbaridad: simplemente interrumpir el tránsito y dejar que un bocón chofer lanzara amenazas”. Ella, Doña Elisa, por supuesto, ya nos había ofrecido un té o café y ya habían aparecido algunas galletitas deliciosas. Él comenzó a parlotear enojado. Sus manos iban de un lado al otro con energía. Si mal no recuerdo fumaba con exceso. El agresivo coche negro era de un funcionario de Gobernación, nosotros ni chofer ni carrozas utilizábamos para nuestro transporte. Nos hacíamos responsables de un viejísimo Volkswagen y otra antigüedad norteamericana, Chevrolet. Me impresionó el chongo de Doña Elisa, la rigidez de su pelo, frente a la amabilidad de su risa y modales. No quisimos quitarles más el tiempo así que habiendo logrado la explicación intentamos nuestra retirada. Él seguía montado en un enojo que, por momentos, me pareció excesivo para el asunto que, siendo grave, no merecía tanta exaltación, ni invertir tanta pasión, tanta energía.

Tiempo después comprendí que ésa era parte de su enorme vitalidad. Para Don Carlos casi todo demandaba pasión. En él incluso

el desprecio era apasionado. Salimos con un libro suyo entre las manos. Suspiramos con alivio. Caminamos unos cuantos pasos a nuestra casita. Años después agradecería yo la estupidez de aquel funcionario, lo estrecho de la Cerrada de San Jerónimo y la fortuna de haber conocido a doña Elisa Vargas Lugo y a don Carlos Bosch García.

Entre las explicaciones y las críticas con bisturí verbal al funcionario escaparon sus pasiones. La Historia, así, con mayúscula, como reina y señora de sus días, los libros como concreción de su vida, el trabajo como su razón de ser, la Universidad, nuestra universidad, la UNAM como continente ineludible para la batalla. ¿Cómo no coincidir con él? Pero ésas eran sólo las pasiones formales. Después, inmediatamente después, venían el campismo, la buena comida, el buen trago, la pintura y, sobre todo, la conversación. Don Carlos se entregaba a la conversación, en algún sentido vivía por y para ella. Pero la conversación para él no era esa inútil esgrima verbal de los intelectuales que surge de la intención de demostrar que soy más listo, más informado, más inteligente, *touché*. No, Don Carlos en el fondo argumentaba, recordaba, se entregaba a las ideas y las palabras para ser *con* la gente, para ser querido. Por eso era un gran conversador y para todos tenía, porque quería *estar* con la gente.

Los contactos se incrementaron. Sofía nos presentó a Socorro, así que los servicios domésticos de ambas casas tenían apoyos subterráneos casi siempre en nuestro favor. Llegó la primera invitación: domingo, a comer con los maestros y amigos mutuos. Don Carlos me pidió acompañarlo con ginebra *Beefeater*. No puse mucha resistencia. Doña Elisa nos dio un cocido catalán que allí conocí. Fue un despliegue culinario que, sin embargo, era natural en esa casa. Don Carlos se quejó de todo y todo lo gozó. Criticó a Doña Elisa desde la botana al extraordinario postre y, sin embargo, no hacía más que reconocerle. Un platillo, San Marcos, lo llevó a recordar otro y a través de ellos fue a su infancia y a su tierra de origen. Estuvo a punto de soltar una majadería en contra de un burócrata universitario por no recuerdo qué motivo pero Doña Elisa lo atajó con un "Carlos..." muy severo. Los anteojos se le desacomodaron, se contuvo. Y mejor pasó a hablar de su *Combi* con la cual hacía recorridos por toda la República, en parte provocados por la interminable pesquisa de arte colonial de Doña Elisa.

Creo que esa fue la primera ocasión en que comprendí que detrás de aquella fachada casi hosca, de esos ojos agresivos por momentos, detrás de esos manotazos incontenibles, había una ternura

infinita. Don Carlos seguía adelante hablando de las exigencias que imponía a sus alumnos: "Si quieren ser historiadores, que se fleten". Yo en mis adentros pensaba "debe de ser un ogro como maestro". Creo que en las primeras conversaciones, como todos lo hacemos, intentó llevarnos a sus conocimientos profundísimos. Pero, por fortuna la vida se impuso entre nosotros. Digo por fortuna, porque ahora puedo leer y releer sus libros maravillosos y sumergirme en la España del siglo xvii, en la conquista o, para mí lo más delicioso, en el mar para encontrar en él las huellas, los rastros de los pueblos y culturas. Los libros y sus conocimientos quedaron allí, pero ese otro Don Carlos, ese surtidor de vitalidad, ése no escribió de sí mismo.

Un día lo veo pasar en un bólido flamante: gris dos puertas último modelo. Frena y retrocede. Veo su copete rebelde caer sobre su cara. "Estrenando", le digo. "Qué le parece", me responde. Desciende del auto, abre el cofre y empieza una disquisición sobre la nueva forma de inyección de gasolina. Mete la mano, señala mangueras y explica convencido de las ventajas de su adquisición. Porque uno de los dones de ese gran historiador fue que nunca desintegró la vida, nunca la dividió en pedazos de un absurdo. La vida para él era un todo, hablar de una mujer guapa, distinguir los buenos o malos caldos riojanos o franceses, degustar la ginebra, un jamón, la elegancia, el estilo, gozar un paisaje y pintarlo, hablar del sistema de inyección de gasolina. Todo, vamos.

El dos de marzo de 1985 cenábamos en nuestra casa Doña Elisa y Don Carlos, Paulina Fernández Christlieb y Octavio Rodríguez Araujo, mis padres y Beatriz y yo. Don Carlos llegó con la energía acostumbrada, lanzó preguntas y con sus sistemáticos enojos llevó a todos a cierta euforia. Mi padre rompió el silencio de aquella noche, inusual en él y terminó conversando animado. La copa de Doña Elisa tenía una fractura imperceptible. Escurría vino hasta que ella de plano protestó y dijo, "Ésta es una tramposa". Todos reímos. La cena se prolongó. Reyes Heroles refutó y también maldijo y se montó en la conversación provocada, en buena medida, por Don Carlos. Cómo le agradecí al maestro su euforia. Veinticuatro horas antes mi padre nos había informado que se moría de cáncer. Viviría diecisiete días más. Sin saberlo la energía de Don Carlos le dio una noche grata en los peores momentos. Pocos días después nos acompañaban en el velorio.

Natalia llegó al mundo. Pasó sus primeros años en Cerrada de San Jerónimo. A las comidas y cenas en casa de "los Bosch" la

llevábamos en *bambinetto*. De allá llegó ropita, juguetes, cascabeles, qué sé yo. La generosidad de esa casa, del 46, no tuvo límite para nosotros. A la pregunta por Natalia siempre venía la respuesta, que estaba con ‘los Bosch’. La lata que debe de haberles dado. En fin, éramos vecinos.

Un día, entre las reiteradas quejas a la burocracia universitaria por las erratas en libros o por la distribución de los mismos que llevaban a Don Carlos a menear su copete de un lado al otro para acentuar su enojo, me dice: “Ya me voy porque ya va a llegar la modelo”. “Perdón, maestro, le pregunto a aquel académico y erudito, ¿cuál modelo?”. Don Carlos ya caminaba apresurado hacia su casa: “Ah, que no le he dicho, organicé un taller de desnudo. Ya estuvo suave de ‘paisajitos’. Nada como la carne. ¿Por qué no se incorpora?”. No pude más que reír. Me quedé con la inquietud. Un día, en su casa, lancé como anzuelo: “¿Cuándo me enseña sus ejercicios pictóricos?”. “Ándele, vamos”, dijo de inmediato. Subimos a su estudio. Yo tenía curiosidad por ver sus trazos. Había reordenado el lugar. Estaban allí pinturas de muchos años atrás, paisajes, junto a las nuevas experiencias. Descubrí a un acuarelista sensible y un dibujante preciso pero fresco. Ése también era Don Carlos.

De su vida, por fortuna, desapareció el cigarro. Un buen día nos enteramos de que no podría haber más jamones, ni crema, ni mantequillas. Pescados y verdura cocida. El asunto era serio y Don Carlos refunfuñaba todo el tiempo. Pero seguía quejándose de todo con la misma energía. Le brotaba molestia, pero no desánimo. Habría que intervenirlo. Se van de un día al otro, casi de emergencia. Nos quedamos preocupados. ¿Volveríamos a ver a Don Carlos? Un día distingo su figura a lo lejos. Venía por la plaza, frente a la iglesia, caminaba lentamente. Cerré de inmediato la puerta y fui a su encuentro para darle un abrazo y sentirlo. Pero lo que me llamó la atención era su vestimenta. Tenía unos zapatos deportivos, lo cual era lógico dada la actividad caminera. Pero la extraña camiseta larga, como de adolescente en la playa, con grandes letras coloridas, no lo comprendí en él. No alcancé a distinguir lo que decía hasta que la cercanía me dio las palabras y tuve que soltar la carcajada incluso antes de saludarlo. Al frente, en letras grandes y chillantes leí *I was bypassed in Cleveland*. “¿Qué le parece?”, me lanzó sin que mediara palabra alguna y de inmediato giró para alargar mi carcajada. Por la espalda un claro diagrama explicando la nueva cañería. Nos dimos el abrazo.

Pero todos esos avatares no podían interrumpir su misión: enseñar, investigar, publicar, cumplir con la Institución. Cuarenta años, primer miembro no mexicano de la Academia. Así que en cuanto fue posible salieron ambos con rumbo a la Universidad en aquel cuidadísimo Peugeot que Doña Elisa conducía a diario. Pronto tuve entre mis manos otro libro de Don Carlos y después otro y otro más. Fueron tantos, de tal seriedad y profundidad, que era difícil concebir que la salud de ese hombre se mantuviera en un frágil equilibrio. Conferencias por aquí y por allá, viajes a dar charlas, dirección de tesis, mesas redondas, debates, lo que se quiera imaginar. Sin embargo la amenaza estaba allí, y los pequeños detalles que él parecía dejar de lado, le recordaban a uno la seriedad del asunto. Manejar con limitación, trago cada vez menos, evitar las escaleras. Pero Don Carlos seguía adelante y no mencionaba esas "tonterías". A principios de abril del 93 tuvimos otra espléndida comida con Doña Elisa y Don Carlos, siempre amigos nuevos, gente joven, siempre discusiones acaloradas, siempre la pasión de Don Carlos, siempre el radicalismo catalán que afloraba. Aparecieron las delicias, rabos de alcachofas, berenjenas, endibias. Doña Elisa vigilaba que Don Carlos no se saliera de su estricta dieta. Me dice con gran amabilidad y mirada pícaro: "¿Qué se toma usted?", "Lo que usted tome, maestro", le dije sin comprender el juego. Me respondió elevando la voz para que lo escuchara Doña Elisa: "Yo estoy tomando un 'juguito', pero déjeme prepararle algo decente". Tomó mi brazo y me condujo rumbo a la cocina. Yo platicaba de no recuerdo qué necesidad mientras él mezclaba sin que yo pusiera demasiada atención. De pronto se voltea, pone un pesado vaso de ginebra en mi mano, miro sus ojos detrás de los cristales y escucho "salud" cuando ya siento que su vaso choca con el mío. Desaparecimos media hora. Después regresó a su "juguito".

Me temo que a pesar de su energía, vitalidad y alegría extraña, Don Carlos se llevó algunos pendientes. Sería injusto no mencionarlos. El primero es que a pesar de haber entregado su vida al país, a México, a la Universidad, nunca llegó a estar en una situación de auténtica igualdad jurídica. Por un absurdo, pero sobre todo injusto, precepto universitario, sólo los mexicanos por nacimiento pueden ser autoridades universitarias. Las limitaciones se extienden desde los consejos técnicos, internos, hasta la Junta de Gobierno, pasando por el Consejo Universitario y la Dirección de Escuelas, Facultades e Institutos. Don Carlos, como muchos otros brillantes universitarios, optó por México, optó por la UNAM, y

un falso nacionalismo, que en realidad es chovinismo, le limitó sus derechos.

El segundo pendiente es que Don Carlos sufrió mucho a la burocracia universitaria, a esa pequeña casta de administradores que se olvida que es por los maestros y por los investigadores que la Universidad puede cumplir con la finalidad social que tiene asignada. El resentimiento de Don Carlos no era contra uno o dos, o tres o diez burócratas, era contra una actitud de menosprecio al trabajo intelectual, era contra cierta altanería de personajes que entran y salen de la administración y tratan al personal académico como si fueran un número. Algo debemos hacer.

El tercer pendiente eran los centavos. No que le faltaran, pero él reclamaba, y con toda razón, que un académico con su trayectoria, sus grados, sus publicaciones, su infinito currículum, en otro país tendría un salario y condiciones de trato muy superiores. Eso también le pesó.

A principios de semana me dice Beatriz: "Oye, hace tiempo que no vemos a los Bosch. Qué tal si los invitamos el domingo". Tres de la tarde en punto, suena el timbre. Natalia abre la puerta. Doña Elisa con su chongo y un dejo de tristeza. Don Carlos energético, delgado y con mirada sagaz bajo su copete. Camina sin mostrar cansancio pero lleva detrás de sí un pequeño tanque con oxígeno adicional. Le pregunto, con toda tranquilidad me explica lo cómodo del aparato al cual ya ha adaptado un cargador de maletas para poderlo llevar a donde sea. Una querida pareja de amigos universitarios nos acompañan. Discutimos sobre Chiapas, las nacionalidades, las etnias, el regionalismo español. Don Carlos se exalta, se enoja, vocifera, reclama y consume oxígeno. Natalia y Leonora juegan no sin dejar de mirar el aparato y los tubos que él maneja con naturalidad asombrosa. La conversación se prolonga. La tarde se enfría, Don Carlos advierte que su dotación de oxígeno ha mermado y comenta que ya tiene pensado el mecanismo para, no sé cómo, incrementar su autonomía. Se despiden. Sube al automóvil, "Nos vemos pronto", digo yo, "claro, claro", responde él. Cuarenta y ocho horas después ha muerto en la tranquilidad de su casa. Por supuesto, no podría ser de otra forma, me dejó sobre la mesa dos libros. Ahora sí fueron los últimos. Nunca fui su alumno, pero cómo me enseñó! Descanse en paz mi querido Don Carlos.